

# Don Quijote en el Nuevo Mundo. Las picardías, candideces y quijotadas de un hidalgo disoluto

LAVINIA IENCEANU

*Universitatea „Alexandru Ioan Cuza” din Iași*

El presente trabajo plantea una lectura palimpséstica de la novela *Asuntos de un hidalgo disoluto* del colombiano Héctor Abad Faciolince. Al incidir en las vertientes meta-, hipo- e intertextuales de la novela en cuestión, lo que proponemos es un enfoque hermenéutico socio-antropológico, cuyo principal cometido es demostrar la pervivencia del prototipo quijotesco aurisecular como símbolo cultural universal y la trascendencia espacio-temporal de su legado. Dicho de otro modo, nuestro propósito es dejar patente el que, a pesar de los tintes ligeramente paródicos que el pastiche literario reviste, la novela de Faciolince no es una «subversión», sino una «versión» cervantina, pues, salvando las diferencias, tanto el hidalgo manchego como el medellinense se rigen por sistemas axiológicos afines. En este sentido, a la luz de las aventuras y desventuras que hitan sendas trayectorias vitales, se analizarán, bajo un prisma comparatista, los resortes y andamiajes temperamentales y caracteriales que vertebran a cada uno de los protagonistas, con vistas a poner de relieve sus pilares identitarios y sus respectivas pautas idiosincrásicas, así como rastrear los invariantes literarios subyacentes. Asimismo, se baraja la posibilidad de interpretar a Gaspar Medina de Urdaneta como el epítome de la especificidad hispanoamericana, a la par que se sopesa el destacado papel que desempeña la literatura en el devenir de los protagonistas.

**Palabras clave:** legado quijotesco; hispanoamericanidad; axiología comparada; personaje polifacético; disolución.

## Don Quijote en el Nuevo Mundo

*¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,  
con el alma a tientas, con la fe perdida,*

.....  
*pues casi ya estamos sin savia, sin brote,  
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,  
sin piel y sin alas, sin Sancho y sin Dios.*

(Rubén Darío, *Letanía de nuestro señor Don Quijote*)

Si en fe, sin Dios, sin luz, sin alas, desnudo y con el alma pendiente de un hilo... Si nos animamos a cruzar el charco, así encontraremos a Gaspar Medina de Urdaneta al final de *Asuntos de un hidalgo disoluto* (1994), la primera novela de Héctor Abad Faciolince, en torno a la cual, a nuestro juicio, los exégetas han vertido mucho menos tinta de la que definitivamente la obra se merece. Y es que, a decir verdad, este «hidalgo disoluto» de muchas luces y otras tantas sombras, que cobra vida con los agudos plumazos del autor colombiano en medio de una tupida contextura meta- e intertextual donde pastiche, humor blanco y negro, alegoría y parodia se trenzan, realmente da mucho para debatir.

En definitiva, dicho retoño literario de ultramar, que —sin pretensiones de emularlo— brota casi cuatrocientos años más tarde del mismo tallo castellano, habiéndose nutrido de la misma savia axiológica quijotesca de pura cepa, comulga con la mayoría de los ideales áureos del celebrísimo caballero manchego. No obstante, el hidalgo medellinense no se halla “trasplantado” tal cual en tierras de la excolonia española, sino que puede ser contemplado, en la línea de esos típicos mestizajes hispanoamericanos, como un “injerto” literario *sui generis*. Así pues, en el crisol de la personalidad de Gaspar, el multimillonario y huérfano peregrino procedente de la estirpe de los cónsules honorarios de España, al que, entre su saber enciclopédico y su gramática parda, le toca ingeniárselas como un consumado pícaro para vivir, confluyen —más o menos diluidas o grumosas— las esencias de tres tipologías que se superponen, (con)funden y complementan, a saber: un quijote, un pícaro y, por último, un cándido<sup>1</sup>. Asimismo, aparte de notables elementos de raigambre renacentista, barroca, ilustrada e infrarrealista, los entronques discernibles a nivel de filosofía vital con el nihilismo nietzscheano y el existencialismo sartriano, entre otros, patentizan la complejidad del protagonista colombiano.

A grandes rasgos, sin lugar a dudas, Gaspar Medina de Urdaneta sí tiene madera de quijote, mas la esencia de este quijote a la hispanoamericana que nos ocupa se encuentra alquimizada, transfigurada, a la par que atomizada. En este sentido, Abad Faciolince toma el pulso de un septuagenario quien, a pesar de ser un acérrimo defensor de la libertad de acción y expresión, así como un empedernido lector y amante de las letras, jamás llega a ejercer como abogado ni como catedrático de literatura y estética ni aun en la cuna del Renacimiento, es decir en Italia, donde éste decide emigrar, autoexiliándose. Con todo y los caudales heredados por ser “hijo de algo”, Gaspar abandona su hacienda a los treinta años y se empeña en hacerse pasar por un don Nadie trabajando en Turín de mayordomo y “vasallo” de Ángela Pietragrúa, la barragana del vizconde español de Alfaguara. Muerta Ángela, rozando los cincuenta, nuestro «Cicerón de los Andes» (Abad Faciolince, 2001: 108) decide pasar a servirle al pueblo, pero su conato de asumir el poder político *de facto* e involucrarse activamente en la sociedad a fin de «desfacer» tuertos, agravios, atropellos, y encarrilar el mundo hecho una caterva de mercachifles y borrachos se frustra, pues el único ímpetu revolucionario que le nace se estrella contra los tejamejes y la corrupción de la canalocracia circundante. De modo que nuestro emigrante acabará poblando su ocio y soledad con viajes, meditaciones y, sobre todo, con más lecturas. Leer, para Gaspar, se convertirá, por tanto, en la única razón de estar vivo y despierto, en el refugio, pasatiempo, sucedáneo, la compañía y panacea de un hombre cuya existencia viene a ser parangonable hasta cierto punto a la de un ermitaño.

Son muchas las similitudes que hermanan a don Quijote y don Gaspar, dando fe de la pervivencia y universalidad del legado quijotesco y haciendo de España el «promontorio espiritual de Europa» y la «proa del alma continental», tal y como aseveraba José Ortega y Gasset (*apud* Miguel, 2005: 141). No obstante, centrarnos, hoy por hoy, en las diferencias manifiestas a nivel de conducta social entre los dos protagonistas —cuyas personalidades distintas vienen rubricadas por sendas fraguas histórico-políticas en las que se formaron— y hacer unas calas, por un lado, en su temperamento, y, por otro, en su carácter, atendiendo tanto la vertiente volitiva como la axiológica que éste último conlleva, nos parece fundamental a fin de poder ir perfilando el distintivo cultural-identitario de cada uno.

Antes que nada, la «quijotidad», según Jorge Mañach (1948), «sería la actitud moral ante la vida». En cambio, la quijotidad se vuelve «quijotismo», matiza el escritor cubano, el momento mismo en que uno se decide y afana en concretar su ideal, en realizarlo en vida. Y con este primer punto sentamos la base del abanico de diferencias significativas que nos permitirá deslindar entre los dos prototipos quijotescos que hemos sometido al análisis. No cabe duda de que, *grosso modo*, a ambos los vertebran sistemas axiológicos afines, pues el quijote de cuño hispanoamericano no sólo comparte el bagaje de lecturas de libros de caballería que tanto habían influido en el Quijote

<sup>1</sup>Se alude por este último al protagonista volteriano de *Cándido, o el optimismo* (1759).

arquetipal —un bagaje dentro del que la presencia de la obra maestra de Cervantes viene siendo el mejor botón de muestra del diálogo intertextual que se entabla y el juego metatextual que atraviesa la novela—, sino que, además, tiene la mirada puesta en la “estrella de Levante” que para él ya no es tanto España en concreto, cuanto Europa en su conjunto, cuyos valores primermundistas atesora. De por sí, don Quijote fue la *rara avis* por antonomasia de su época precisamente por tratar de contrarrestar el aparentemente insalvable desajuste axiológico de la sazón y puentear el abismo que separaba el «ideal sentido» y la «realidad vivida» (Benítez Vinuesa, 1947), al querer hacer que los mecanismos sociales orinecidos del decaído y profano mundo en que le había tocado vivir volvieran a girar según las doradas leyes de épocas pretéritas.

Ahora bien, ¿qué convierte al antioqueño Gaspar Medina de Urdaneta en un quijote atípico?, mas no en un anti-Don Quijote —valga aclararlo—, pues, igual que sucede en la versión de ultramar, los verdaderos opositores del héroe son los individuos mediocres cuando no filisteos que pululan en y a veces hasta dirigen la sociedad. Contra éstos don Quijote arremete abroquelado con su fe inquebrantable y esgrimiendo la lanza de su férrea voluntad, esa «voluntad tan épica como delirante» (Fresán, 2007: 44) de vivir, sentir, perpetuar y crear, que quedará acuñada como «síndrome de don Quijote». Por otro lado y contra todo pronóstico, a todo esto y hasta a la acusada propensión al *carpe diem*, tan patente en la filosofía vital hispanoamericana, nuestro Quijote de ultramar les opone la abulia, el hastío, en suma, una reverenda y rotunda desgana recrudesciente sobre todo a partir de ese punto de inflexión que se da cuando la relación con Ángela se frustra, en gran parte —hay que puntualizarlo— debido a la pusilanimidad masculina. En otras palabras, mientras que don Quijote de la Mancha encarna el así llamado «descontento militante» (Benítez Vinuesa, 1947) de raíz prometeica, es decir aquella «voluntariosa inconformidad» (Mañach, 1948) que lo mueve a hacerse caballero andante para combatir las injusticias, propugnando el activismo e idealismo éticos cristianos, cabe destacar que en el medellinense se dan cita tanto el «descontento dubitante de Hamlet» como el «descontento claudicante de Fausto» a los que tan pertinentemente remitía Benítez Vinuesa, ya que, en ultramar, del «héroe activo y problemático» (Maeztu, 1968) manchego se conserva e incluso en éste otro encona la aguda dimensión analítico-reflexiva, prescindiéndose, en cambio, de la involucración activa en la sociedad.

Así pues, el activismo quijotesco restaurador y redentor, filantrópico, del hidalgo castellano, quien galopa empeñado en depurar el mundo y se desvive “ministrando” justicia a capa y espada, levantándose una y otra vez al caerse, da paso en la novela colombiana a un inmovilismo contemplativo cuyo protagonista se limita a arrastrar su cruz y vida, impugnando de forma indirecta la vileza de sus contemporáneos desde su torre de marfil, encastillado en su misantropía. Y es que Héctor Abad Faciolince rescucita al «Cristo español» para asparlo, con los clavos de la lacerante angustia barroca y la corona de la impotencia moderna, en la ciudad más violenta del mundo, donde los molinos políticos se han encargado de moler lo que quedaba de los valores, y los gigantes de la ignorancia, la sevicia y el cainismo campan a sus anchas, haciéndolo pasar, además, el calvario del Bogotazo. En su andadura por el mundo, sin embargo, este peregrino que, habiendo experimentado el mal con vistas a encajar en el mundo y «no ofender a los demás con» su «buen comportamiento» (Abad Faciolince, 2001: 12), al final acabará siendo, no «por elección o por esfuerzo, sino porque le sale» (18), tan «bueno» que terminará por ofrecer —más pancho imposible— cuantas mejillas haga falta<sup>2</sup> con tal de que lo dejen estar, no se alzarán ni en caballero andante ni en pastor de ovejas extraviadas o de lobos borrachos para los que no hará ni falta trocar el agua en vino... Esto sí, tras sus aventuras *in solitario*, aunque con tintes picarescos e hitadas de mayores penas que glorias, estando éste de mayordomo, masajista y «polítiquero» (106), Gaspar encauzará como pocos el rebaño de sus recuerdos hacia el redil de un nuevo “testamento” que le legará a la humanidad a través de su taquígrafa y esposa, que en las postrimerías de su vida se dedica a animar a su “señor y amo” lo mismo que Sancho Panza a don Quijote en su túmulo.

<sup>2</sup>Recuérdese, en dicho caso, la bofetada que el conde de Alfaguara le da a Gaspar justo antes de dimitirlo, lo cual en la España aurisecular resultaba imposible desagrar a falta de un duelo.

Consecuentemente, si bien a tenor de esos guiños metaficticiales el *Quijote* se va escribiendo sobre la marcha recogiendo sus andanzas conforme el protagonista va superando aventuras y desventuras, en ultramar Gaspar se abisma en la “cueva de Montesinos” de su memoria para desandar de forma retrospectiva e introspectiva a la vez, entre los ramalazos de un delirio lúcido con toques proustianos y dejes joyceanos, los tortuosos caminos vivenciales de su pasado. En síntesis, el libro del escritor colombiano entraña suficientes elementos que lo afiancen como autobiografía de raigambre picaresca. No cabe obviar, sin embargo, que la gran analepsis que se articula entre renglones de hecho conforma una sombría prolepsis. En dicho sentido, mientras que la novela del gran alcalaíno enfoca las peripecias agonales de su criatura, por otro lado, el libro que el narrador personaje colombiano llega a escribir hacia finales de su soliloquio incluso en la piel propia<sup>3</sup> da realce a una agonía *antemortem*. Por consiguiente, a diferencia del hidalgo manchego, quien, precisamente por tener muy clara esa meta dictada por la necesidad visceral que resiente de dar cauce natural a su verdadera esencia, va recorriendo España a fin de labrarse un futuro que sea el fiel trasunto de su personalidad, afinado ya en tierras italianas tras haber pasado las de Caín en el alienante “lecho de Procusto” antioqueño, Gaspar Medina vuelve a vagar por los andurriales de su memoria sin moverse apenas, montado con su “escudera” en el Clavileño de sus recuerdos del que no se apea sino para morir. De modo que el quijote reacio, aprensivo, hurraño, parco, aletargado, cerebral, que llevaba latentes —aunque se pasara la vida huyendo, ensimismado— el instinto y la “aptitud” quijotesco, pero cuya actitud asentada lo convierte en la imagen cuasiantagónica del reaccionario, aprehensivo, intrépido, atrabiliario, expansivo hidalgo castellano, de repente decide volver sobre sus pasos para contemplarse como genuino «hijo de sus obras» con tal de «saber finalmente lo que» es «mientras» deja «de serlo» (114).

Vinculando las actitudes masculinas con la taxonomía tetravalítica que postula Unamuno (*apud* Dumitrescu, 1970: 106)<sup>4</sup>, podríamos evidenciar que el don Quijote primigenio, modélico, vuelca todo su empeño y energía en luchar por conseguir *ser quien cree poder ser*, es decir, por llegar a ser quien *quiere ser*. Por otra parte, el quijote redivivo, atenazado por la duda, que Abad Faciolince propone sin que el personaje mismo se plantee serlo, a pesar de tener éste un referente fijo en la versión cervantina, lo único que desea es conservar la independencia y superioridad ético-espiritual adquiridas, quiere, por lo tanto, que por lo menos se le permita *seguir siendo* lo que *es*, para *no desvirtuarse*, en rigor, *quiere no acabar siendo lo que no es*. Así pues, mientras que el quijote arquetipal rompe moldes, se autoinventa y afirma por su ansia de cambiar y dignificar el mundo, el otro apenas se autodescubre y confirma una vez más que no encaja en él.

Querer no es poder, parecen descubrir, sin embargo, ambos protagonistas que se abren paso por el mundo con brújulas morales hechas del mismo cuño y cuyas orfebrerías timológicas intrínsecas son insulares en el océano de prosaísmo y laxitud moral de sus respectivas épocas, aun cuando finalmente acaben naufragando en el mismo. No obstante, cabría preguntarnos a qué se debe realmente el fracaso, la impotencia de trocar el bronce en oro... ¿Será todo achacable a las semejanzas, a los invariantes ostensibles que, a pesar de todo, unen al canto de esperanza entonado por el ingenuo, pero de rompe y rasga don Quijote de la Mancha, que se autoengaña creyendo que todo lo que reluce no es más que una pepita del oro de la bondad humana, y a la cuenta atrás hacia la anonadación que emprende su versión apicarada, profundamente desengañada, retumbante en la voz de don Gaspar? Destaquemos, por ende, que las afinidades tienen su peso, pero hay que señalar que las diferencias caracteriales y temperamentales inclinan bastante más la balanza a la hora de comparar efectos similares surtidos en contextos espacio-temporales fundamentalmente distintos.

Para concretar, en lo que al carácter atañe, la filiación cervantina de índole axiológica queda más que patente por vía intertextual. Aun así, el hecho de que la resistencia numantina de don

<sup>3</sup> Repárese, a este respecto, en los entronques hermenéuticos que se dan con la *Colonia penitenciaria* de Franz Kafka (1914).

<sup>4</sup> «Querer ser, querer no ser, no querer ser, no querer no ser».

Quijote la consiguieran desbaratar únicamente echando mano de un artilugio, mientras que Gaspar claudica sin apenas haber luchado, traza una diferencia notable entre los dos personajes. Asimismo, si bien en lo concerniente a fibra y «temperatura moral (Valéry, 1996: 1) don Quijote y don Gaspar se parecen bastante, el atemperado, melancólico-flemático, aséptico Gaspar, por cuyas venas parece correr sangre de horchata, no llega ni a los talones ni a los redaños del arrebatado, bravo, ferviente, melancólico-colérico y de armas tomar héroe de Cervantes, lo cual saca a relucir vetas temperamentales radicalmente distintas.

No obstante, más allá de lo arriba expuesto, la diferencia de tomo y lomo que enfrenta al escuálido rocín del desánimo del hidalgo medellinense, enalbardado con una conciencia atroz, derrotista, que trota renqueante cuando no dando alguna que otra coza de rampante cinismo o pujante y acibarado pesimismo a cada zurriagazo de desengaño que la vida le inflige, con la retizona ilusión quijotesca con crines de esperanza, estro justiciero y bríos de utopía acicateada por un entusiasmo febril y una imaginación desbordante, descansa en las cosmovisiones contrastantes que los dos personajes masculinos tienen. A la luz de éstas, la concepción teológica que vertebra al hidalgo manchego, desembocando en un «absolutismo rebelde» y redentor, se ve suplantada en tierras colombianas por un «relativismo conformista» (Mañach, 1948), sincrético, de corte teleológico y antropocentrista. En resumidas cuentas, el punto neurálgico de la anatomía ético-espiritual de cada uno de los dos protagonistas que nos ocupan, es decir, la diferencia constitutiva medular, que acabará convirtiéndose en pivote identitario primordial para ambas trayectorias existenciales, radica en la fe o falta de fe, respectivamente.

Conviene no olvidar que no es el ideal del Caballero de los Leones el que le falle al protagonista o lo derrote. Es la cruda y aleve realidad —desarmada por lo contrario— la que, aprovechándose del cansancio del hidalgo, tiene que disfrazarse con elementos del propio imaginario quijotesco a fin de poder rematar su recia utopía que venía socavando. En este sentido, si al final de la novela don Quijote reniega de sí mismo y “abdica”, éste no lo hace por estar persuadido de la futilidad de su ideal, sino porque realmente se cree vencido en justo combate y, decepcionado de sí mismo, cree no haber estado él a la altura, además. Mención aparte, sin embargo, merece Gaspar, pues vale hacer hincapié en el hecho de que, en su caso, el hastío crónico notorio en su senectud, así como la «manquedad de su ilusión» (Mañach, 1948) se remontan a la época de su tierna infancia, cuando con la lectura de *La gaya ciencia* de Nietzsche se le abren los ojos, pero se le “indigesta” el corazón... Habida cuenta de ello, la resaca literaria del otro Caballero de la Triste Figura de allende el mar, imbuido de nihilismo, será todo lo contrario a la embriaguez del entusiasmo quijotesco dimanante de una fe diamantina, a saber: un perpetuo y acuciante escepticismo. En otras palabras, el supuesto ‘alegre saber’ al que el adolescente medellinense accede le atrofia la esperanza y da pie a la infelicidad y a una lucidez malsana por exclusivista. De tal modo, el quijote que Abad Faciolince propone amanece ya sanchificado, mohíno, con el ideal desdorado desde un principio, con nada que propugnar por no tener nada firme en que creer de hecho o, mejor dicho, por creer en la Nada, prueba de ello el que el protagonista mismo confiese no estar apoyado en el «bastón del misterio», sino en el «bastión de la incertidumbre» (Abad Faciolince, 2001: 10).

Como tal, don Quijote, el abanderado de la esperanza, afirma y, solamente una vez que le hayan dejado de permitir vivir como quiere, el resorte de la autoconservación se le quiebra y las ganas de vivir se le extinguen, haciendo que éste muera. Por otro lado, con su óptica distópica, su dejadez y pesadumbre por delante, Gaspar niega y reniega de la vida, nadando a la deriva, sin anclar en ningún puerto ni alcanzar la plenitud vital creyendo, creando o queriendo.

Siguiendo otro hilo de la misma idea, si bien don Quijote, ese sueño corporeizado de Alonso Quijano el Bueno, había despertado a los cincuenta años para reinventarse, vivir a tope desviviéndose por los demás y después volverse a dormir, alcanzando la inmortalidad, resulta particularmente interesante el caso de Gaspar, quien se supone llevaba despierto toda la vida en su sinvivir constante y quien a sus setenta y dos años, a falta de poder ver sus sueños hechos realidad, en ese tremebundo final del libro que deja al lector boquiabierto, acaba por tragarse un puñado de somníferos para volverse a dormir sempiternamente. Imposible desdeñar, por tanto, la paradoja que

surge, pues, por un lado tenemos al prototipo ibérico, al hidalgo venido a menos, despojado de su “tesoro”, al que, por tanto, le sobran ganas, pero le faltan recursos para factibilizar su ideal, mientras que, por otro lado, al antioqueño le sobran los recursos, tanto internos como externos, mas, como carece de las ganas, no los malgasta<sup>5</sup>, sino que simplemente no los aprovecha, administrando mal el “tesoro” que encierra, así como el potencial que se vincula a su simbólica onomástica<sup>6</sup>.

En virtud de este contraste entre fin y medios, parece lícito aventurar la hipótesis de que esta aguda desgana, atípica en su entorno, como hemos enfatizado anteriormente, sumada al desarraigo, que no al desnorte, así como a esa paradigmática incapacidad de convertirse en el timonel *de facto*, de autogobernarse sin caer en los extremos, en la que tanto han incidido D. F. Sarmiento o Eduardo Galeano<sup>7</sup>, sea el rasgo sintomático del mal endémico que achaca al Quijote colombiano mediante el cual Abad Faciolince vivisecciona a Hispanoamérica en su conjunto, con sus «raíces torcidas» (Montaner, 2011) por varias causas en las que definitivamente vale la pena seguir indagando.

En suma, Gaspar Medina de Urdaneta no se hace incensario de la fe ni de las ideas platónicas que alientan al héroe castellano. Ante la inviabilidad de implantar en tierras colombianas el proyecto de *reconstrucción* ideado por don Quijote y ante la corrupción que prolifera incluso en Europa, la supuesta madre moral —¿o madrastra?!— de América Latina, Tánatos le gana a Eros y, desahuciado y enfrascado en su propio mundo, Gaspar acaba descarriando hacia la *autodestrucción*. Si bien «la locura de don Quijote era sólo de la imaginación, no del entendimiento» (Unamuno *apud* Mañach, 1948), en parte son su *forma mentis* y *modus vivendi* los que abocan al suicidio al cuerdiloco, aunque íntegro, hidalgo medellinense. En este sentido, a diferencia del loquicuero, efusivo y explosivo caballero andante español, bajo la capa de “divina indiferencia”, de apatía, que exhibe el hidalgo colombiano más propenso a pensar el sentimiento que a sentir el pensamiento a la manera quijotesca, crepita una infernal hoguera de congojas y convulsiones anímicas e intelectuales, puesto que los desfuegos catárticos del último son más bien implosivos. A la luz de ello, cabe resaltar que a la garra quijotesca de hecho le sirve de contrapunto el «desgarrón afectivo» (Alonso, 1966: 494-580) quevedesco, consustancial en Gaspar. A raíz de lo susodicho, la polémica estriba en si podemos tildar la resolución final de suicidarse y disolverse en la nada, adoptada por el errante caballero medellinense, de yerro, quijotada, insensatez, enajenamiento mental, cobardía o *hybris*... Por lo que toca a lo último aludido, resulta paradójico que los grilletes morales de Gaspar no lastren su libertad transgresora que se vuelve soberana a la hora de no perpetuar el legado quijotesco luchando, para perpetrar, en cambio, un crimen.

Mas, si rendirse se la propia vida con la guadaña de la desesperación ciega pasa por un genuino desvarío, será su mayor hazaña el libro que Gaspar escribe en el ocaso de su vida, haciendo constar en éste, valga enfatizarlo, su única devoción: la fe en el poder del arte y de la literatura. Así pues, como broche final y cierre de su vida, Gaspar se arma caballero de las letras y, pluma en ristre, sin más broquel que su propia conciencia, empeña todo su ser, seso y reposo desenvainando, «de claro en claro y de turbio en turbio», picanterías verbales, destilando su humor negro en malabarismos lingüísticos, y esgrimiendo con picardía, agudeza y exquisitez paronomasias, dilogías conceptistas y otros recursos de la utilería elitista neobarroca y postmodernista.

Dicho esto, el valor de la memoria colectiva, la exhortación subyacente de escarmentar en cabeza ajena, en suma, el valor pedagógico que el libro y la literatura en general adquieren, dejando de lado el papel de quitapesares —con visos de amigo imaginario que nos habían hecho poner

<sup>5</sup> En dicho sentido, el abanico semántico que despliega el adjetivo «disoluto» empleado por el autor colombiano, en el caso del personaje que tenemos en el punto de mira, a nuestro juicio, no abarca sino parcialmente el significado recogido en el DRAE, a saber: *disoluto, ta* = ‘licencioso, entregado a los vicios’.

<sup>6</sup> Persa < *Kansbar* = ‘administrador del tesoro’; uno de los tres Magos de Oriente, portador del incienso regalado a Jesucristo recién nacido.

<sup>7</sup> Ver *Facundo o Civilización y barbarie...* [1874]; *Las venas abiertas de América Latina* [1971], *Memoria del fuego* [1982-1986].

en tela de juicio la cordura del protagonista— desempeñado hasta este punto, así como la señal de alarma que dispara, traslucen gran parte de los resortes y mecanismos idiosincrásicos de uno de los quijotes hispanoamericanos, al que hemos tratado de radiografiar, unos resortes y mecanismos dispersos por la diégesis, pero que mediante una lectura alegórica redondean el todo coherente de la personalidad de Gaspar Medina de Urdaneta.

Concluyendo, con estas pocas pinceladas hermenéuticas, cuyo posterior desarrollo y debida matización relegamos a estudios futuros, confiamos haber logrado delinear el sello de este pícaro no contrito, de este hidalgo disoluto, en que anida el mismo «sentimiento trágico de la vida» (Unamuno, 1901) acusado en el Viejo Mundo, y cuyo libro, por último, —espejo fiel o deforme de su vida— se erige en el mismo Caballero de los Espejos que acabó propulsando en la eternidad al protagonista cervantino.

Para colofón, en un mundo más desquiciado que nunca, el personaje magistralmente plasmado por Héctor Abad Faciolince, cuya resiliencia ante la perversión se transparenta cabalmente incluso en el acto suicida final y queda cristalizada, además, en esa virtud heroica de doble filo, profundamente humana —contrapuesta al acrisolado, pero trasnochado, heroísmo virtuoso quijotesco— que, cuanto más pervive en la corrupta prosa cotidiana, más tiene de proeza, encarna uno de los eslabones literarios que muestran en sumo grado por qué, tal y como antaño sentenciara Miguel de Unamuno, hoy día definitivamente nos sobra cervantismo, pero nos falta quijotismo.

## BIBLIOGRAFÍA:

ABAD FACIOLINCE, Héctor (2001). *Asuntos de un hidalgo disoluto* (edición digital), Alfaguara. Disponible en: [http://www.academia.edu/3634520/Abad\\_Faciolince\\_Hector\\_\\_Asuntos\\_de\\_un\\_hidalgo\\_disoluto](http://www.academia.edu/3634520/Abad_Faciolince_Hector__Asuntos_de_un_hidalgo_disoluto) (Última consulta: 13/04/2016).

\*\*\*

ALONSO, Dámaso (1966). El desgarrón afectivo en la poesía de Quevedo. En *Poesía española* (pp. 494-580). Madrid: Gredos.

AVELLANEDA, Rino G. (1995). Héctor Abad Faciolince. Asuntos de un hidalgo disoluto. *Revista de Estudios Colombianos*, 15, 55-56. Disponible en: [http://www.colombianistas.org/Portals/0/Revista/REC-15/11.REC\\_15\\_RinoAvellaneda.pdf](http://www.colombianistas.org/Portals/0/Revista/REC-15/11.REC_15_RinoAvellaneda.pdf) (Última consulta: 13/04/2016).

BENÍTEZ VINUEZA, Leopoldo (1947). El quijotismo como actitud. *Revista Casa de la Cultura Ecuatoriana*, 5, 75-116. Disponible en: [http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote\\_america/ecuador/benitez.htm#npasn](http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_america/ecuador/benitez.htm#npasn) (Última consulta: 13/04/2016).

DUMITRESCU, Doinița (1970). Proiecție bovarică și alienare unamuniană în *La Regenta* lui Alas Clarín. *Analele Universității București*, 2, s.p.

FRESÁN, Rodrigo (2007). Apuntes para una teoría de lo quijotesco como virus. En *Territorios de la Mancha: Versiones y subversiones cervantinas en la literatura hispanoamericana*. Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, Matías BARCHINO PÉREZ (coord.) (pp. 41-56). Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. Disponible en: [https://books.google.ro/books?id=C18b67LwQ\\_sC&printsec=front-cover&hl=es&source=gbs\\_ge\\_summary\\_r&cad=0#v=onepage&q&f=false](https://books.google.ro/books?id=C18b67LwQ_sC&printsec=front-cover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false) (Última consulta: 13/04/2016).

GALEANO, Eduardo (2003). *Las venas abiertas de América Latina*. Madrid: Siglo XXI.

GALEANO, Eduardo (2010). *Memoria del fuego*. 3 vols., Madrid: Siglo XXI.

MADARIAGA, Salvador de (1976). *Guía del lector del "Quijote"*. *Ensayo psicológico sobre el "Quijote"*. Madrid: Espasa-Calpe, S.A.

MAEZTU, Ramiro de (1968). Don Quijote o el amor. En *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*. *Ensayos en simpatía* (pp. 19-71). Madrid: Espasa-Calpe, S.A.

MAÑACH, Jorge (1948). Filosofía del quijotismo. *Revista de la Universidad de La Habana* (Separata), XXV, 76-81, 63-108. Disponible en: [http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote\\_america/cuba/manach.htm](http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_america/cuba/manach.htm) (Última consulta: 13/04/2016).

MIGUEL, Amando de (2005). *Sociología del Quijote*. Madrid: Centro de Investigaciones Soci-

ológicas. Disponible en: [https://books.google.ro/books?id=whcOuy12fAMC&printsec=front-cover&hl=es&source=gbs\\_ge\\_summary\\_r&cad=0#v=onepage&q&f=false](https://books.google.ro/books?id=whcOuy12fAMC&printsec=front-cover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false) (Última consulta: 13/04/2016).

MONTANER, Carlos Alberto (2001). *Las raíces torcidas de América Latina*. Madrid: Plaza & Janes Editores.

ROSALES, Luis (1959; 1960). *Cervantes y la libertad*, 2 vols. Madrid: Gráficas Valera.

SARMIENTO, Domingo Faustino (1874). *Facundo o Civilización y barbarie en las pampas argentinas*. París: Librería Hachette y Cia.

TORO, Blanca (1947). La pedagogía del Quijote. *Revista Javeriana*, 162, 108-117. Disponible en: [http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote\\_america/colombia/toro.htm#npasn](http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_america/colombia/toro.htm#npasn) (Última consulta: 13/04/2016).

UNAMUNO, Miguel de (1901). *Del sentimiento trágico de la vida*. Barcelona: S.L.U. ESPASA Libros.

VALÉRY, Paul (1996). *Criza spiritului și alte eseuri*. Traducere de Maria IVĂNESCU. Iași: Polirom.